

Viajeros

De Jonathan Swift a Alan Hollinghurst
(1726-2017)

Marta Salís, ed.



ALBA CLÁSICA MAIOR

Índice

Cubierta

Presentación , por Marta Salís

Preámbulo. William Strachey: Tempestad (1610)

Jonathan Swift: Desembarco en Brobdingnag (1726)

Voltaire: Historia de los viajes de Escarmentado escrita por él mismo (1756)

Johann Peter Hebel: Curioso paseo (1811)

Nathaniel Hawthorne: Wakefield (1835)

Jules Verne: Un drama en los aires (1851)

Charles Dickens: El cuento del niño (1852)

Carl Bernhard: El vellocino de oro (1852)

Anthony Trollope: Un viaje a caballo por Palestina (1861)

Amelia Edwards: El carruaje fantasma (1864)

Mark Twain: Canibalismo en el tren (1868)

Émile Zola: El viaje circular (1877)

Guy de Maupassant: Bola de Sebo (1880)

Meir Aron Goldschmidt: Un viaje en vapor (1883)

Arthur Schnitzler: América (1889)

Sarah Orne Jewett: Cortejo de invierno (1889)

Rudyard Kipling: El judío errante (1889)

Clarín: El dúo de la tos (1896)

Marcel Schwob: La Cruzada de los Niños (1896)

Emilia Pardo Bazán: De polizón (1896)

José Maria Eça de Queirós: La perfección (1897)

Antón P. Chéjov: En la carreta (1897)

Joseph Conrad: Juventud (1898)

Edith Wharton: Un viaje (1899)

- O. Henry: [Corazones y manos](#) (1902)
Willa Cather: [Una muerte en el desierto](#) (1903)
Ramón María del Valle-Inclán: [Santa Baya de Cristamilde](#) (1904)
William Hope Hodgson: [Una voz en la oscuridad](#) (1907)
Jack London: [Aloha Oe](#) (1908)
Thomas Mann: [El accidente ferroviario](#) (1909)
Grace James: [La Mujer de Hielo](#) (1910)
Luigi Pirandello: [El viaje](#) (1910)
Saki: [La docena del fraile](#) (1910)
Charlotte Perkins Gilman: [La potestad de la viuda](#) (1911)
Fernando Pessoa: [Viaje nunca hecho](#) (1912-1913)
Miguel de Unamuno: [Mecanópolis](#) (1913)
James Joyce: [Eveline](#) (1914)
Horacio Quiroga: [A la deriva](#) (1917)
Isaak E. Bábel: [En la estación](#) (1918)
Stefan Grabiński: [El pasajero perpetuo](#) (1919)
Katherine Mansfield: [El viaje](#) (1921)
Knud Rasmussen: [El gran cazador de Aluk a quien se le rompió el corazón al ver el amanecer sobre su poblado](#) (1921)
H. P. Lovecraft: [El caos reptante](#) (1921)
Hermann Ungar: [El viaje de Colbert](#) (1922)
Franz Kafka: [La partida](#) (1922)
Liam O'Flaherty: [La marcha al exilio](#) (1924)
Johannes V. Jensen: [¿Llegaron al ferry?](#) (1925)
Iván A. Bunin: [Insolación](#) (1926)
William Somerset Maugham: [P & O](#) (1926)
Cesare Pavese: [Viaje de bodas](#) (1936)
Tennessee Williams: [Una manzana regalada](#) (1936)
Mogens Klitgaard: [La refugiada Conchita Mosquera](#) (1937)
James Thurber: [La vida secreta de Walter Mitty](#) (1939)
Langston Hughes: [Desayuno en Virginia](#) (1944)

Jane Bowles: [Idilio guatemalteco](#) (1944)

Paul Bowles: [Un episodio distante](#) (1947)

Ray Bradbury: [El estallido de un trueno](#) (1952)

Flannery O'Connor: [Un hombre bueno es difícil de encontrar](#) (1953)

Juan Rulfo: [Paso del Norte](#) (1953)

Philip K. Dick: [El planeta imposible](#) (1953)

Margaret Drabble: [Un viaje a Citera](#) (1967)

Clarice Lispector: [El idioma de la «f»](#) (1974)

Richard Ford: [Rock Springs](#) (1982)

Laila Lalami: [Vuelta a casa](#) (2005)

Alan Hollinghurst: [Reflejos](#) (2007)

Maggie O'Farrell: [Todo el cuerpo](#) (2017)

[Créditos](#)

[Alba Editorial](#)

Presentación

Es muy probable que la literatura nazca, en gran medida, del viaje, del relato que el nómada compartía alrededor del fuego. El relato del viajero está seguramente en el origen de la ficción narrativa, ya que adornaba sus vicisitudes e inventaba detalles para animar a quienes le escuchaban o despertar su admiración. Heródoto (484-425 a. C.), llamado el Padre de la Historia, fue para Plutarco el Padre de las Mentiras; y en el *Libro de las maravillas del mundo* (c. 1300) de Marco Polo, escrito por su compañero de celda Rustichello de Pisa, encontramos dragones, centauros y humanos con cabeza de perro. Las crónicas viajeras vivieron su esplendor en los siglos xv y xvi, época de las grandes exploraciones y descubrimientos, pero empezaron a leerse con cierto escepticismo a principios del siglo xvii, pues, por mucho que estimularan la imaginación y el deseo de viajar, estaban llenas de exageraciones y mentiras. Un buen ejemplo sería Antonio de Pigafetta (1480/1491?-1534), uno de los supervivientes de la expedición de Magallanes y de Elcano, que en su *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, además de ofrecer una exhaustiva información geográfica y etnográfica, hablaba de nativos con orejas tan grandes como su cuerpo («de una hacen su jergón y cubrense con la otra») y de islas habitadas solo por mujeres, a las que fecundaba el viento.

El viaje ha sido, en fin, una fuente inagotable de inspiración de epopeyas, novelas, poemas y cuentos. La lista sería prácticamente interminable: obras como *Gilgamesh*, el libro del Éxodo, la *Odisea* de Homero, *La Divina Comedia* de Dante Alighieri, *Los cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer, la *Vida de Lazarillo de Tormes*, *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes, *El progreso del peregrino* de John Bunyan, *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson o *En el camino* de Jack Kerouac deben su estructura narrativa y buena parte de su imaginación a los pormenores y distintas etapas de un viaje, que bien pronto se presenta como una metáfora de la vida humana. Ulises, aquel hombre «de variado ingenio que por largo tiempo anduvo errante y conoció muchas ciudades y el modo de pensar de muchos hom-

bres», en palabras de Homero, es el prototipo del viajero aventurero, así como del que liga la experiencia a un aprendizaje. «¡Feliz quien como Ulises ha hecho un largo viaje!», escribió en 1558 el poeta Joachim du Bellay... y, en efecto, la aventura y la instrucción han sido siempre motores de una experiencia tan deseada como deseable.

Por supuesto los tiempos cambian y en esta antología no faltarán ejemplos de viajes forzados, no deseados: la emigración, el exilio, la mera supervivencia apartan a la gente de su casa por causas ajenas a su voluntad. Porque hay, en efecto, muchos tipos de viajes –de conquista, de exploración, de turismo, de peregrinación, de trabajo, de guerra, de huida–, tantos como tipos de viajeros –entusiastas, indolentes, asombrados, circunspectos, soñadores, obligados–, y en ellos no es extraño que asomen motivos contradictorios. Existen, asimismo, infinitas maneras de viajar: a pie, en burro, a caballo, en barco, en globo, en carreta, en diligencia, en tren, en motocicleta, en coche, en canoa, en avión, y hasta en nave espacial. El medio de locomoción no suele ser, sin embargo –excepto en los casos en que sea el mismo medio lo que se presenta como mayor atracción, por ejemplo, la fascinante tecnología del globo en Verne o de la moto en Jensen–, el centro de la experiencia del viaje, si bien influye ciertamente en su desarrollo y en su percepción. Por este motivo, se han incluido en esta antología también viajes sin vehículo, viajes mentales inducidos por drogas o por los propios impulsos de la fantasía, donde las circunstancias materiales son lo de menos y la percepción lo es todo. De hecho, podría decirse que la percepción sigue siéndolo todo aun en presencia de un vehículo: rara vez el viaje abandona su dimensión simbólica.

Los sesenta y seis relatos aquí reunidos se ofrecen ordenados cronológicamente a partir de la fecha de publicación, lo que permite trazar una especie de línea evolutiva (tesis-antítesis-síntesis) en el tratamiento y la consideración del viaje como tema. Todos los relatos son de ficción (cuentos o *nouvelles*, solo un fragmento de novela), aunque en algunos, como en el célebre «Juventud» de Conrad, el fondo autobiográfico es muy evidente. En todo caso, hemos querido empezar y terminar el volumen con sendas historias «reales»: la primera –un pasaje de las memorias de un colono que naufragó en 1610– porque ilustra perfectamente buena parte de todo lo que la literatura, a partir de entonces, recreará, en la imitación o en la parodia; la segunda –un fragmento de un libro de memorias publicado en 2017–, como ejemplo de

lo que aún se conserva, tal vez más interesante que lo que ya ha desaparecido, de la forma y el espíritu originales de la narración de un viaje.

Los motivos y propósitos que impulsan al viajero son muy diversos, y en esta antología parece enumerarlos, con una fórmula de cuento popular, Grace James en «La Mujer de Hielo»: «Érase una vez un anciano y un muchacho que se marcharon juntos de su pueblo para viajar a una lejana provincia. Si lo hicieron por placer o por trabajo, por motivos económicos, por asuntos de dinero, de amor o de guerra, o por alguna firme promesa, grande o pequeña, ya no lo sabemos». Conforme avanza el tiempo y el viaje se popularice y convierta en un bien de consumo al alcance de las clases medias, se introducen nuevos motivos y propósitos: el deseo de cultura, el ansia de liberación (de ataduras reales o imaginarias), la necesidad de ocio, el cumplimiento de un rito amoroso (la luna de miel)... Pero, en general, los requisitos básicos, tanto en los motivos y propósitos como en las circunstancias (azares imprevistos, compañeros de viaje, encuentros casuales) y en las etapas (preparativos, partida –a veces con despedida–, trayecto, llegada, y a veces regreso), vienen trazados desde antiguo.

Tampoco es infrecuente la sensación de que en el viaje el tiempo se ensancha, pasa de un modo diferente, y el espacio se contrae, reduciendo las coordenadas, lo que puede dar pie no solo a tratamientos fantásticos (Lovecraft, Bradbury), sino a consideraciones prácticamente metafísicas (Pessoa). La percepción se agudiza y uno repara en lo nuevo y extraño, del mismo modo que se desprende de las convenciones, o, por el contrario, en la incertidumbre del tránsito, se aferra más a ellas. No es extraño, por tanto, que muchas veces el viaje sea un pretexto, una especie de escenario móvil, para plantear dilemas de identidad, tribulaciones psíquicas, conflictos sociales, relativización de valores culturales, visiones políticas...

En nuestra selección también está presente el viajero que no viaja: el que simula un viaje (el «Wakefield», de Hawthorne, para Jorge Luis Borges el más grande y perfecto artilugio narrativo de la historia, antecesor directo de los relatos de Herman Melville y de Franz Kafka), o el que nunca llega a partir (Pessoa, Grabiński, Ungar). Pero también el que no sabe adónde se dirige, pues lo único importante es marcharse (Perkins Gilman, Kafka). La ausencia, y el efecto que produce entre quienes se han quedado, es asimismo un tema relevante en muchos de los cuentos.

La «eterna fantasía» a la que aspira el narrador de «Viaje de novios» de Pavese se ve a menudo traicionada por las incomodidades, las inclemencias del tiempo y del camino, el aburrimiento, los desencuentros, los peligros y accidentes inesperados... y la decepción de las propias expectativas. Sin embargo, como dice Margaret Drabble al principio de «Un viaje a Citera», sigue habiendo «cierta gente que es incapaz de montarse en un tren sin imaginar que está a punto de emprender un viaje cargado de significado hacia lo desconocido, como si la misma noción de movimiento estuviese ligada indisolublemente a la noción de descubrimiento, como si cada traslado del cuerpo fuese también un traslado del alma». Es con este espíritu como nos gustaría que el lector iniciara la lectura de esta antología.

MARTA SALÍS

PREÁMBULO

Tempestad

William Strachey

(1610)

Traducción

Marta Salís

William Strachey (1572-1621), caballero y poeta, nació en Saffron Walden, Essex, y fue uno de los primeros en describir la colonización inglesa de América del Norte. Después de vivir unos años en Londres, donde asistía regularmente al teatro y contaba con la amistad, entre otros, de John Donne y Ben Jonson, decidió buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Zarpó de Plymouth el 2 de junio de 1609 en el *Sea Venture*, buque insignia de una flota de nueve barcos con seiscientos colonos a bordo, cuyo destino era Jamestown, Virginia, la primera colonia inglesa en Norteamérica. Vivió el naufragio del *Sea Venture* durante un fuerte temporal, posiblemente un huracán, en el archipiélago de las Bermudas. Los supervivientes –ciento cincuenta personas y un perro– pasarían diez meses en una isla desierta; allí construyeron dos pequeños barcos, el *Deliverance* y el *Patience*, con los que llegaron finalmente a Jamestown el 23 de mayo de 1610, casi un año después de su partida de Inglaterra. El mítico *Mayflower* –para muchos el barco que llevó a los primeros colonos ingleses a Norteamérica– zarparía de Plymouth el 6 de septiembre de 1620, once años después que el *Sea Venture*.

William Strachey narró su penosa experiencia en *A True Reportory of the Wrack and Redemption of Sir Thomas Gates, Knight* [Relación auténtica del naufragio y salvación de sir Thomas Gates, caballero], una elegante y conmovedora carta, fechada el 15 de julio de 1610, que dirigió a «una excelente dama desconocida» de Londres. Entre sus lectores estaría William Shakespeare, que se inspiró en el desastre del *Sea Venture* para escribir en 1611 *La tempestad*. Hemos elegido iniciar la antología con este fragmento de una historia real porque, así como sirvió de modelo concreto para Shakespeare, sirve en general para la posterior literatura de viajes. Se anticipan aquí, en efecto, algunos de los temas que iremos encontrando en muchas de las ficciones que vendrán: la emigración, la colonización, las alusiones mitológicas y religiosas, los azares y peligros que acechan en la ruta, y el sentido de comunidad –incluso entre «los más importantes» y los «hombres corrientes»– que nace de la convivencia con desconocidos y que dará pie a todo tipo de observaciones y comentarios de carácter social. Y predomina, por supuesto, el elemento épico, que nunca es muy distinto sea el viaje real o imaginado.

Tempestad

La tempestad, embravecida, sopló veinticuatro horas con tanta violencia que nos parecía imposible que pudiera arreciar. Pero no solo se volvió más terrible, sino también más constante; su furia aumentaba, y una tormenta desencadenaba otra más pavorosa que la anterior, lo que nos llenaba de terror o redoblaba nuestra fuerza. Ante los golpes de mar que a veces rompían contra las mujeres y los pasajeros que no estaban habituados a tales sacudidas e incomodidades, nos mirábamos con el corazón encogido y el pecho jadeante. Nuestro clamor se veía sofocado por el viento, y el viento por los truenos. Puede que las oraciones estuvieran en los labios y en el corazón, pero se veían ahogadas por los gritos de los oficiales; no se oía nada que procurara consuelo, ni se veía nada que infundiera esperanza. Aunque tuviera la voz de Esténtor ¹ y me expresara en todas las lenguas que salían de su garganta, sería incapaz de emular los gritos y lamentos que, en vez de languidecer, minaban el espíritu, y seguían fieles a sus principios, pero no prevalecían.

Nuestras velas iban plegadas, sin misión alguna; y, si en algún momento izábamos el tormentín para mantener el barco proa al viento, seis y a veces ocho hombres no eran suficientes para sujetar el pinzote en la cubierta principal y manejar la caña del timón en la cubierta inferior de los cañones, lo que da una idea de la violencia de la tempestad, en la que el mar se elevaba por encima de las nubes, y presentaba batalla al cielo. No podía decirse que lloviera; el agua que caía, semejante a un río, inundaba el aire. Y observé asimismo que, mientras en tierra el viento no tardaba en

amainar, como si sufriera una derrota, después de una lluvia torrencial, en cuanto dejaba de diluviar aquí, el viento (como si destaparan su boca y lo dejaran en libertad) rugía y se volvía más turbulento y malvado.

¿Qué puedo decir? El viento y el mar parecían locos de furia y de rabia. Yo ya había presenciado algunos temporales en la costa de Berbería y Argelia, en el Levante, así como otro más angustioso en el golfo Adriático, en un barco de Candía ²; así que podía decir «*Ego quid sit ater Adriae noui sinus, & quid albus Peccet lapex*» ³. Sin embargo, cuanto había vivido antes no podía compararse con aquello. El barco parecía a punto de partirse o de volcar en cualquier momento.

Para colmo, quiso Dios que se abatiera sobre nosotros una desgracia aún mayor; pues, nada más desatarse la tempestad, se había abierto una enorme vía de agua en el casco. El barco escupió la estopa casi en cada junta (lo peor que puede pasar en una travesía) y, cuando nos dimos cuenta, había un metro y medio de agua por encima del lastre; casi nos ahogamos dentro mientras esperábamos que la muerte nos llegara del exterior. Esto, tan aterrador como peligroso, propagó el miedo y la confusión por todo el barco, y heló la sangre y acobardó al marinero más rudo de la tripulación, que antes había tenido la suerte de no sufrir como los demás, pero ahora empezó a angustiarse al ver la velocidad con que se inundaba el barco, consciente de lo pronto que se ahogaría si no hacía algo para evitarlo. De modo que (pensando solo en su propio bien, no en salvar a los demás) colaboró en la seguridad general, al igual que el capitán, el primer oficial, el contra maestre, el oficial de guardia, los toneleros, los carpinteros y demás hombres que, con una vela en la mano, se arrastraban por las cuadernas, examinaban los costados e inspeccionaban cada rincón, aguzando el oído para saber dónde corría el agua. Más de una llorosa vía de agua fue encontrada así, y taponada a to-

da prisa; al final cerraron una con no sé cuántos trozos de carne en la cubierta de los cañones. Pero fue en vano, pues no hubo oficio, consejo ni búsqueda que pudiera encontrar ni entonces, ni nunca, la enorme vía de agua (aunque hubiera muchas más) que bebía en nuestros océanos y nos arrastraba más rápidamente a la destrucción. El nivel del agua seguía subiendo, y las bombas no dejaban de achicar, aunque se atascaban de continuo con la harina y las galletas ⁴ (de hecho llevábamos unas diez mil), por lo que dedujeron que la vía de agua debía de estar en la despensa de pan; pero el carpintero la desmontó por completo y fue incapaz de encontrarla.

No sé decir a mi excelente dama qué pensaba cada hombre en medio de la confusión en que nos veíamos sumidos. Para mí, esa vía de agua fue como una herida infligida a unos hombres a las puertas de la muerte. Bien sabe Dios que yo albergaba tan poca esperanza como deseo de vivir en medio de la tempestad; y era algo que escapaba a mi voluntad, pues iba más allá de mi entendimiento. ¿Por qué trabajar tan duramente para conservar la vida? Pero eso hicimos, no sé si por lo mucho que apreciamos unas cuantas horas más de vida, o porque nuestra doctrina *cristiana* nos enseña cuánto debemos a los ritos de la Naturaleza, así como el compromiso de no engañarnos ni traicionar nuestro instinto de conservación; en los momentos de mayor desesperanza, nada debe asombrarnos de Él, fuente generosa y esencia admirable de toda misericordia.

El martes por la mañana (en cuanto los hombres que fueron a la bodega descubrieron la enorme vía de agua), nuestro gobernador ordenó que todos los colonos, alrededor de ciento cuarenta sin contar a las mujeres, se separaran en tres grupos y, dividiendo el barco en tres partes (bajo el castillo de proa, en el combés y junto a la bitácora), señaló a cada uno su cometido. A partir de entonces todo el mundo hizo guardia, cargó con un cubo o achicó una hora y

descansó otra. Los hombres lucharon, podría decirse, por su vida; e incluso los más importantes, como el gobernador y el almirante, se turnaron entre ellos para dar ejemplo. Los hombres corrientes iban desnudos, como en las galeras, pues resultaba más fácil hacer frente y esquivar los rociones que no dejaban de caerles encima. Con el cuerpo exhausto y el ánimo socavado, mantuvieron tres días y cuatro noches los ojos abiertos y la cabeza y las manos ocupadas, sin un momento de sosiego ni la menor esperanza de salvación, mostrando su voluntad de luchar para que los demás no se ahogaran, aunque ellos perdieran la vida.

Desembarco en Brobdingnag
Jonathan Swift
(1726)

Traducción
Marta Salís